

¿AUTODETERMINACIÓN DE UCRANIA?

“Si [por su propia afirmación nacional] un par de herzegovinos quieren iniciar una guerra mundial que costaría mil veces los hombres que pueblan toda Herzegovina; esto en mi opinión no tiene nada que ver con la política del proletariado” (Engels a Bernstein, 22-25/2/1882)¹

“Estar a favor de la guerra en toda Europa para la sola reconstitución de Polonia es ser un nacionalista de la peor especie, es poner los intereses de un pequeño número de polacos por encima de los intereses de cientos de millones de hombres que sufren la guerra” (V.I. Lenin, “Balance de la discusión sobre la autodeterminación”, 1916)

“Cuanto más pura es ahora la lucha del proletariado contra el frente general imperialista, más imperioso se hace el principio internacionalista: “Un pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre””. (Lenin, “Balance de la discusión sobre la autodeterminación”, 1916).²

Todo gran acontecimiento histórico trae consigo puntos de inflexión. Especialmente las catástrofes, y ninguna más que la guerra. Todo se acelera, los ánimos se caldean, las fuerzas sociales se ponen en marcha. Están destinadas a dividirse inexorablemente entre las que quieren la guerra y las que la sufren. Pero al principio el panorama se presenta diferente: el chovinismo y la histeria bélica prevalecen. ¡Armémonos y vayamos! Tomemos medidas bélicas y apretémonos el cinturón!”, es el rugido ensordecedor de los medios de comunicación que cubren cada voz disonante, mientras los indecisos se complican, con tortuosos razonamientos, para exorcizar el momento en que tendrán que decidir: **o a favor de la guerra, o en contra.**

La onda emocional es tan fuerte que la menor confusión, la menor incertidumbre, los arrastra inexorablemente en la dirección indicada por la presión mediática. También en este frente, la guerra no tiene límites y va desde los medios más crudos (imágenes truculentas, noticias falsas sobre el número de muertos, informes de masacres atroces y luminosos episodios de heroísmo) hasta los más refinados, hechos para paladares exigentes. La guerra requiere enormes sacrificios y, por tanto, consenso.

En el siglo XIX, el zar de Rusia cantaba la letanía de la liberación de los pueblos eslavos del turco infiel y Napoleón III el principio de “nacionalidad” contra la “Santa Alianza”. Los yanquis, después de haber subyugado a Europa Occidental bajo la bandera del antifascismo, superaron a todos con sus guerras por la “libertad” y la “democracia”. Hoy, estos argumentos, que se han vuelto un tanto amarillos después de Vietnam, Chile y las invasiones de Irak y Afganistán, necesitan nueva vida. Por eso, en la expansión del capital occidental y de la OTAN en los territorios de Europa del Este, arrebatados paso a paso a la influencia rusa, la bandera de la “libertad” va acompañada por la de la “autodeterminación”.

Ya experimentado en el teatro de operaciones sirio (donde, ante el legitimismo pro-Assad de los rusos, Washington le ha opuesto la “autodeterminación” de los kurdos, logrando confundir las ideas de la extrema izquierda), he aquí nuevamente este dispositivo de propaganda (la “autodeterminación”) que se cobra víctimas en nuestro terreno. Con el espejismo de la “autodeterminación ucraniana”, muchos se deslizan hacia el frente belicista, mientras dicen —y están convencidos— de que se oponen a él. Arrastrados por la corriente emocional, no tienen la fuerza de romper con el filisteísmo revestido de falso pietismo por las víctimas inocentes del conflicto, e introducen distinciones sofisticadas: como

¹ cit in F. Andreucci, “Socialdemocrazia e imperialismo”, Ed. Riuniti, 1988, Roma.

² V. I. Lenin, Opere complete (OCC), vol. 22.

todavía no hay intervención directa de la OTAN, la guerra entre Rusia y Ucrania no sería una guerra “imperialista”, o lo sería sólo del lado ruso; del lado ucraniano sería en cambio una guerra “nacional” y “popular” contra la invasión, o al menos podría llegar a serlo. En consecuencia, según ellos, mientras que la consigna correcta para nosotros, en occidente, y Rusia sería la clásica “guerra contra la guerra”, es decir, el derrotismo, habría que invitar a los ucranianos a tomar las armas contra el ejército invasor en lugar de ponerlos en contra de su propia burguesía.

Creo que algunos de los que se confunden con estas sirenas son de buena fe. Por lo tanto, creo que es importante refutar este punto de vista. Sin embargo, no se puede hacer esto correctamente si se piensa, simplificando mucho, que las cuestiones nacionales en general y la autodeterminación ucraniana en particular no interesan al movimiento de clase. Por lo tanto, dividiré mi argumento en tres partes: primero un breve desarrollo de la cuestión de la autodeterminación de las naciones en la tradición marxista, luego un intento de introducir los criterios en base a los cuales juzgar la naturaleza del conflicto actual, que finalmente se relacionará, en la parte III, con la historia reciente de Ucrania y su lugar económico y geopolítico en la confrontación Este-Oeste.

I

Marx y Engels frente a las nacionalidades.

Cuando la primera edición del “Manifiesto” comunista estaba aún recién impresa, Marx y Engels regresaban a Alemania para participar en la revolución alemana, en realidad en la revolución europea. La perspectiva socialista era todavía lejana. La “Santa Alianza” semifeudal seguía siendo dominante en Europa. Por lo tanto, su estrategia sólo podía apuntar a un largo proceso revolucionario (**la “revolución permanente”**). En el transcurso de este proceso, el proletariado, que todavía era una minoría social y políticamente inmaduro, se educaría gradualmente e intentaría abrirse camino hacia su propia revolución luchando primero junto a las clases burguesas y pequeñoburguesas por la revolución democrática contra la reacción feudal, despejando así el camino para el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas.

Uno de los problemas clave que decidiría el futuro de Europa era, sin duda, el problema nacional: la constitución de los Estados correspondientes a la nación era, de hecho, una condición previa necesaria para el desarrollo del mercado nacional y del capitalismo y, por tanto, dentro de ellos, del proletariado, como premisa del socialismo.

Sólo en Europa Occidental podía decirse que el proceso era más o menos completo. Sin embargo, para una gran parte del continente era incompleta, y esto fue particularmente cierto en las áreas bajo la influencia de las tres potencias que formaban el baluarte de la reacción europea: Prusia, Austria y el imperio zarista. El compromiso de su pacto era la partición de Polonia, un país que la revolución europea tenía un interés vital en liberar. Sólo la derrota de la “Santa Alianza” podía barrer los obstáculos a la reunificación alemana e italiana y a la constitución de una Hungría independiente.

En la visión de Marx y Engels, dado que la fiebre de la revolución había infectado a Alemania, Hungría, Austria, Italia y Polonia, pero no a Rusia, ésta se convertía –y dada su inmovilidad social asiática lo seguiría siendo durante mucho tiempo– en la reserva estratégica de la contrarrevolución, que podía en cualquier momento –como ya había hecho en 1830 en Polonia– desatar la guerra contra la revolución. El campo revolucionario estaba así dividido no sólo **internamente, entre las clases**, sino también **externamente**, entre las **naciones revolucionarias**, dispuestas a luchar contra Rusia, y las **naciones contrarrevolucionarias**, el imperio zarista y sus aliados.

Para la “Nueva Gaceta Renana”, el periódico que editaban, sea cual fuere la fase en que se encuentre la “revolución permanente”, y para hacer frente a la amenaza del poder de Moscú, era deseable que Alemania incorporara a Austria y Bohemia, abriendo el acceso al mar Adriático a través de Eslovenia. Era deseable que se reservara el acceso a ese mar para una Hungría que, de otro modo,

quedaría inevitablemente asfixiada; que se reconstituyera Polonia e Italia; y, por último, que se impidiera el acceso al Mediterráneo al odiado knut tártaro-cosaco, impidiéndole aprovechar la debilidad de los pueblos balcánicos para derrotar a los turcos y asomarse al estrecho del Bósforo³. De ahí las diferencias entre Marx y Bakunin, que apoyaba la “autodeterminación” de los eslavos⁴. Según el “Neue Rheinische Zeitung”, el problema no era la abstracta “igualdad” de todas las naciones y nacionalidades europeas, que dispersas en innumerables pequeños estados habrían caído indefensas bajo la bota rusa, sino la derrota de la reacción y el feudalismo.

El marxismo, en otras palabras, no se comprometía a satisfacer las reivindicaciones de cada nacionalidad individual como una cuestión de principio, y apoyaba las luchas nacionales sólo en la medida en que pudieran fomentar el crecimiento del proletariado y su unificación, primero dentro de las fronteras nacionales y luego tendencialmente más allá de ellas.

La pertinencia de esta estrategia puede debatirse todo lo que se quiera. Por ejemplo, un distinguido marxista como Rosdolsky la ha criticado –en mi opinión con argumentos que no carecen de fundamento– argumentando que no funcionó a favor de la revolución al alejar a los pequeños pueblos eslavos de ella⁵. Pero una cosa queda clara: para los marxistas la cuestión de las nacionalidades **no se resuelve de una vez por todas sobre la base de un principio eterno; se resuelve en términos concretos**, sobre la base de sus efectos en los intereses internacionales del proletariado. **Y está subordinado a estos.**

La segunda internacional y las cuestiones nacionales no resueltas de Europa

Por eso no es de extrañar que, tras el fracaso de la revolución de 1848, y después de la formación de Italia y Alemania a través de las guerras nacionales, en un marco internacional profundamente cambiado por la crisis del imperio turco, se volviera a discutir la política del proletariado hacia las nacionalidades europeas aún oprimidas. La rebelión de los armenios contra Constantinopla y la insurrección griega en Creta a mediados de la década de 1890 provocaron un fuerte debate en el seno de la II Internacional entre los que querían preservar el prejuicio antirruso de la socialdemocracia y los que, por otro lado, como Kautzky, creían que *“la vieja política oriental de Marx se había vuelto completamente insostenible”*⁶. Él, entonces el teórico marxista más influyente del socialismo internacional, está ahora convencido de que **el verdadero obstáculo para la lucha de clases no son las aspiraciones de independencia de los pueblos pequeños, sino los problemas nacionales no resueltos** que el desarrollo capitalista trae necesariamente consigo, con todo el chovinismo y el odio que conllevan. El capitalismo es ahora dominante, y el énfasis de la estrategia proletaria internacional debe pasar por fomentar el desarrollo burgués a través de la creación de grandes estados nacionales, a superar la desconfianza de los proletarios de las nacionalidades oprimidas hacia los de la nación dominante. Inspirado por Kautzky, en 1896, el Congreso de Londres de la Internacional Socialista aprobó una resolución que reconocía el *“pleno derecho de todas las naciones a la autodeterminación”*.

Por una abierta revisión de la estrategia socialista internacional que incluya también el tradicional apoyo proletario a la independencia polaca se pronuncia Rosa Luxemburgo. A partir de

³ Una antología de escritos del “Neue Rheinische Zeitung” en Marx, Engels, “Il Quarantotto. La Neue Rheinische Zeitung”, Florencia, La Nuova Italia, 1970.

⁴ Una interesantísima reconstrucción de la polémica entre el “Neue Rheinische Zeitung” y Bakunin, que también hace justicia a este último, en el excelente libro de Roman Rosdolsky “Friedrich Engels e il problema dei popoli 'senza storia'. La questione nazionale nella rivoluzione del 1848-49 secondo la visione della 'Neue Rheinische Zeitung'”, Genova, Graphos, 2005.

⁵ Ibid.

⁶ K. Kautzky, “Nazionalità e internazionalità”, en A. Salsano (ed.) “Antologia del pensiero socialista”, vol. III. Desgraciadamente, no existen traducciones completas en Italia de los importantes escritos de Kautzky sobre el problema nacional, en particular, además del recién mencionado de 1908, “Die Moderne Nationalität” de 1887. Para las posiciones de Kautzky sobre el problema nacional véase también R. Gallissot, “Nazione e nazionalità nei dibattiti del movimento operaio”, “Storia del marxismo”, Einaudi, To, v. II; M. Waldenberg, “Il papa rosso Kautzky”, Ed. Riuniti, Roma, 1980, v. I; F. Andreucci, op cit.

1896 aboga por un cambio de política hacia Europa del Este y Turquía⁷. Pero la cuestión está lejos de resolverse teóricamente, sobre todo en lo que concierne a las naciones pequeñas.

En el centro del debate están, naturalmente, los imperios multinacionales, Rusia, el imperio de los Habsburgo y Turquía, donde crece el descontento de estas pequeñas naciones. En 1899, el socialismo austriaco adoptó el programa de un Estado “*nacional democrático y federativo*” para las naciones sometidas a la monarquía dual, basado en el reconocimiento del “*derecho de cada nación a la existencia y el desarrollo nacionales*” y la negación de privilegios a cualquier nación⁸. Se trataba de un programa de transición, factible dentro del régimen monárquico, cuya ambigüedad sería criticada posteriormente por los bolcheviques. Sin embargo, sentó un precedente que iba a inspirar a los socialdemócratas rusos, los únicos, aparte de los austriacos, que incluyeron en su programa un párrafo sobre la “autodeterminación”, obviamente destinado a proteger a las naciones oprimidas por el zarismo. Y es precisamente en Rusia donde la discusión del problema de la autodeterminación es más aguda y recurrente. Los marxistas rusos ven el imperio zarista como una “prisión de pueblos”, y el chovinismo gran ruso como una fuente de división y desconfianza entre los proletarios rusos y los de las naciones oprimidas por el zar, y consideran esencial, para fomentar la unificación de la lucha de clases en todo el imperio, luchar en primer lugar contra el centralismo gran ruso. En 1903, el Segundo Congreso del POSDR adoptó el principio de “autodeterminación” para las naciones oprimidas por el imperio zarista, entendido ante todo como **libertad de separación** en todos los aspectos.

Más allá de las diferentes posiciones en el debate que precedió a la Primera Guerra Mundial, en definitiva, el problema de apoyar o no los esfuerzos independentistas de tal o cual nación sigue siendo concreto y relacionado con la estrategia local o global del movimiento obrero.

En cualquier caso, en la época de las guerras de los Balcanes de 1912-13, los marxistas radicales estaban todos del lado de los pueblos eslavos contra los turcos y las grandes potencias, incluida la atrasada Rusia, que intentaban aprovecharse del desmembramiento turco. Sus consignas eran “República Federal de los Balcanes” y “¡No a la intervención! Los Balcanes a los pueblos balcánicos”⁹.

Lenin y el problema de la “autodeterminación” en la época del imperialismo

El problema de la autodeterminación estuvo siempre en el centro de los intereses teóricos y políticos de Lenin, puede decirse, hasta el día de su muerte, que se produjo justo cuando pretendía dar la batalla en el seno del partido contra las tendencias chovinistas “gran rusas” que se afirmaban en él, protegidas por el secretario Stalin. Son muchos los escritos que dedicó al tema, dispersos a lo largo de los años y que, por tanto, se ven afectados –a pesar de la uniformidad del planteamiento básico– por las diferentes evoluciones políticas rusas e internacionales. Se hicieron numerosos, especialmente tras el estallido de la Guerra Mundial, que volvió a colocar objetivamente el tema en primer plano.

Un examen de la trayectoria intelectual del líder bolchevique sobre la cuestión sería muy útil, pero largo para los fines de este trabajo. Por lo tanto, me limitaré a señalar los aspectos más pertinentes con respecto a nuestro presente, relacionados con la época imperialista, de cuyos inicios Lenin fue testigo, y en la que todavía estamos inmersos.

⁷ El vuelco del planteamiento clásico de Marx y Engels sobre los Balcanes llevó a Luxemburgo a la imagen reflejada de Polonia: en la medida en que Rusia ya no era el baluarte de la reacción europea sino un peón en el sistema orgánico de relaciones imperialistas, en la medida en que –según Luxemburgo– el desarrollo capitalista unía a Polonia y Rusia, la importancia de la independencia polaca para la revolución internacional disminuía y sólo los chovinistas podían apoyarla. Combatida por Kautzky y luego por Lenin, la validez de esta posición sería reconocida **dentro de ciertos límites** por Lenin después de 1905, como veremos en un momento. Véase también P. Frolich, “Rosa Luxemburg”, Rizzoli, 1987, Mi, pp. 87-102. Sobre las opiniones de Luxemburgo al respecto, véase R. Luxemburg, “Prefazione a “La questione polacca e il movimento socialista””, en R. Luxemburg, “Scritti politici”, E. Riuniti, 1967, Roma.

⁸ El texto del programa de Brunn (Brno) en: R. Luxemburg, “La questione nazionale e la autonomia”, en R. Luxemburg “Scritti scelti”, Einaudi, 1975, To, pp. 266-268.

⁹ V. I. Lenin, “Un nuovo capitolo della storia mondiale”, OCCC, vol. 18, pp.354-55.

Hay que partir de una cuestión general: en contra de lo que leemos aún hoy en ciertas simplificaciones “ultraizquierdistas”, según el dirigente bolchevique **es erróneo creer que el problema de la autodeterminación de las naciones sólo interesa al movimiento obrero en los países atrasados** (feudales o semif feudales, coloniales o semicoloniales), es decir, en aquellas zonas en las que no está a la orden del día la revolución socialista sino la revolución democrático-burguesa (y el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas). En su visión, por el contrario, el problema concierne a las naciones oprimidas en general (incluidas las de capitalismo desarrollado) y al **período imperialista** del capitalismo en particular. Lenin polemizó repetidamente contra quienes (como Luxemburg, Gorter, Piatakov, Radek y Ronald-Holst) sostenían que la Europa imperialista debía abandonar la consigna de la “autodeterminación”¹⁰. En esto se apoyan hoy en día – tergiversando – algunas tendencias que sostienen la idea de una resistencia “popular” ucraniana contra la invasión rusa (lo discutiremos en la segunda parte de estas páginas).

Lenin admite, por supuesto, que *“en todas partes del mundo los movimientos nacionales han sido y son los compañeros de ruta”* de la *“revolución democrático-burguesa”*¹¹. Pero también considera que *“todas las reivindicaciones esenciales de la democracia política son 'realizables' en la época imperialista sólo de forma incompleta, deformada y a modo de rara excepción”*¹²; por lo tanto *“sería un error [...] suprimir algún punto del programa democrático, por ejemplo la autodeterminación de las naciones, bajo el pretexto de su 'irrealización' o su carácter 'ilusorio' durante el imperialismo.”*¹³

El desarrollo del imperialismo mundial obstaculiza, frena, no sólo el desarrollo económico sino también el político de una gran parte del globo. Así, un desarrollo completo de las naciones y una resolución completa de las cuestiones nacionales es un sueño utópico del nacionalismo burgués (la propia burguesía, curiosamente, tan pronto como ha creado su propio Estado-nación, califica de utópicas las reivindicaciones de independencia de las naciones oprimidas). Precisamente por eso, la tarea de liberar a las naciones oprimidas corresponde al movimiento de clase del proletariado. He aquí algunos pasajes de Lenin que se prestan a resumir su contribución fundamental al tema (las negritas son mías):

“El socialismo victorioso debe establecer necesariamente una democracia completa y, por lo tanto, no sólo debe aplicar **la igualdad absoluta de los derechos de las naciones, sino también reconocer el derecho de autodeterminación de las naciones oprimidas, es decir, el derecho de libre separación política**. [...] el socialismo no puede triunfar sin implantar una democracia plena [...] Al igual que la humanidad no puede lograr la abolición de las clases si no es a través de un período transitorio de dictadura de la clase oprimida, tampoco puede lograr la inevitable fusión de las naciones si no es a través de un período transitorio de liberación completa de todas las naciones oprimidas”¹⁴.

“Todo indica que el imperialismo legará al socialismo que lo sustituya fronteras menos democráticas, muchas anexiones en Europa y otras partes del mundo. ¿Y entonces? ¿Renunciará el socialismo victorioso, al restablecer y aplicar la democracia plena hasta el final, de forma generalizada, a la determinación democrática de las fronteras del Estado? [...] En realidad, estas fronteras se determinarán democráticamente, es decir, de acuerdo con la voluntad y las “simpatías” de los pueblos. [...] En un régimen capitalista **no es posible** suprimir la opresión nacional (y política en general). Para ello es necesario abolir las clases, es decir, implantar el socialismo. Pero, aunque el socialismo se basa en la economía, no se reduce en absoluto a este único factor. Para abolir la opresión nacional, hay que tener una base: la producción socialista, **pero** sobre esta base hay que construir también una organización democrática del Estado, un ejército democrático, etc. [...] **la demarcación de las fronteras del Estado de acuerdo con las “simpatías” de la población, incluida la libertad de separación**. Sobre esta base, a su vez, se desarrollará

¹⁰ Una antología de escritos relativos al debate internacional sobre la cuestión nacional en el periodo abierto por la guerra imperialista en C. Basile (ed.), “I bolscevichi e la questione nazionale”. La polemica tra Lenin e il “grupo Baugy” (1915- 1916)”. La posición de Luxemburgo en R. Luxemburg, “La crisi della socialdemocrazia (folleto de Junius)”, <https://www.marxists.org/italiano/luxembur/1915/4/junius.htm>

¹¹ V. I. Lenin, “Il programma nazionale del POSDR”, OCCC, vol. 19, p. 506.

¹² V. I. Lenin, “La rivoluzione socialista e il diritto delle nazioni alla autodecisione”, OCCC, vol. 22, p. 149.

¹³ Ibidem, p. 148.

¹⁴ Ibid. p. 147-151.

prácticamente la eliminación absoluta de la más mínima fricción nacional [...] se producirá un rápido acercamiento y fusión de las naciones, que será coronada por la extinción del Estado”¹⁵.

Por lo tanto, si el capitalismo (especialmente el capitalismo imperialista) no puede separarse de la opresión de las naciones, de ello se desprende **la obligación de los proletarios de la nación dominante de luchar a favor de la nación oprimida, pero no se deduce en absoluto, de manera silogística, que los proletarios de esta última deban movilizarse siempre por la afirmación de su propia nación.** Por el contrario, a medida que el desarrollo capitalista avanza, a medida que se afirma a pesar de la falta de asentamiento nacional de ciertas áreas (y que de hecho se afirma a través del predominio de algunas naciones y la asfixia o asimilación de otras), el proletariado **ya no necesita hacerse cargo del desarrollo capitalista y, por lo tanto, puede dejar su nacionalidad oprimida a su propio destino, apuntando a la revolución proletaria internacional,** a la afirmación del socialismo, luchando por la unidad con la de la nación que oprime, de la que su burguesía quisiera desviarla mediante la eterna **disputa** nacionalista y chovinista. **De ahí la diversidad de tácticas en los países dominantes y dominados.**

“La educación internacionalista de los trabajadores de los países **dominantes** [negritas; ed.] debe tener necesariamente como centro de gravedad la propaganda y la defensa de la libertad de separación de los países oprimidos. De lo contrario, **no hay** internacionalismo. [...] **Se trata de una exigencia incondicional,** aunque hasta el advenimiento del socialismo la separación sea posible y “realizable” en un caso entre mil. **Tenemos el deber de educar a los trabajadores en la “indiferencia” hacia las cuestiones nacionales. Pero no una indiferencia anexionista** [...] Al contrario, el socialdemócrata de una pequeña nación debe poner el centro de gravedad de la agitación en la [...] ‘**unión voluntaria**’ de las naciones. [...] Pero en todo momento debe luchar contra la estrechez de las pequeñas naciones, su aislamiento, su particularismo, **luchar para que se tenga en cuenta el conjunto, el movimiento completo, para que el interés particular se subordine al interés general.** Los que no han estudiado el asunto encuentran “contradictorio” que los socialdemócratas de los países opresores insistan en la “libertad de **separación**” y los socialdemócratas de las naciones oprimidas en la “libertad de unión”. Pero si se reflexionan un poco, se verá que no hay **otra** forma de lograr el internacionalismo y la fusión de las naciones, no hay otra forma de lograr este objetivo desde la situación **actual,** y no puede haberla”¹⁶.

En una época en que las revoluciones **burguesas** estaban en primera línea, las pequeñas naciones tuvieron que **subordinar** su independencia **a la necesidad de derrocar al zarismo y crear grandes estados burgueses** capaces de barrer cuanto antes cualquier resto feudal. Desde la revolución rusa de 1917, la revolución **proletaria** está al orden del día en Europa. Dialécticamente, **porque** el industrialismo, el mercado universal de mercancías y el capital se han impuesto históricamente y no sólo han eliminado los restos del pasado, sino que han sentado las bases para superarlos por relaciones sociales de producción, **por lo tanto** la futura revolución ya no necesitará “subordinar” a las pequeñas naciones.

Precisamente porque, como dice el Manifiesto, ahora hay demasiado desarrollo, demasiado comercio, si por un lado **el proletariado de las naciones oprimidas ya no tiene interés en aliarse con las clases burguesas y pequeñoburguesas para el desarrollo de un mercado nacional independiente** y, por tanto, pierde interés en las insurrecciones nacionales, por otro lado, precisamente porque las condiciones sociales en Europa están maduras, o más bien supermaduras, para el socialismo, la revolución proletaria del mañana podrá permitirse el lujo –y al hacerlo se asegurará la única forma posible de superar las fricciones nacionales y de hacer marchar juntos a los proletarios de diferentes lenguas y territorios– **de dar incluso a la más pequeña nación, etnia o dialecto europeo un estatus absolutamente idéntico** al de la nación alemana o al de la lengua inglesa. Entonces podrá permitirse el lujo –y éste es el principal **deber** de las naciones que oprimen a otras– de “conceder” **la igualdad en todos los campos** a las minorías nacionales –incluida la mísera “independencia”– a las naciones pequeñas. Mientras tanto, el primer deber del proletariado de las naciones **opresoras** es luchar

¹⁵ V. I. Lenin, "I risultati della discussione sulla autodecisione", op. cit. pp. 322-324.

¹⁶ V.I.Lenin, "I risultati ...", op. cit., p. 344-45.

concretamente **contra toda discriminación nacional, étnica, lingüística, religiosa** de las minorías, contra la anexión, la ocupación, la opresión de las pequeñas naciones.

Al mismo tiempo, debido a la comprensión de que la victoria de la clase obrera es el único camino que lleva al fin de la opresión nacional, el deber de los proletarios de las naciones pequeñas, de las minorías y de las naciones oprimidas será, en cambio, **luchar por una unión más estrecha** con el proletariado de las naciones dominantes.

En resumen: la estrategia proletaria pasa a ser la siguiente: subordinar todas las naciones, “grandes” y “pequeñas”, a la exigencia del internacionalismo proletario.

La autodeterminación de las naciones en la guerra imperialista

Un ejemplo claro de la necesidad de esta subordinación, tanto de las naciones opresoras como de las oprimidas, a esta estrategia común lo encontramos en el estallido, en 1914, de la primera guerra imperialista. Hasta entonces, el socialismo revolucionario había apoyado a Serbia contra las pretensiones austriacas. Pero desde el momento en que el conflicto se generalizó, fue necesario un cambio de estrategia.

“El elemento nacional en la guerra actual”, explica Lenin, “está representado **únicamente** por la guerra de Serbia contra Austria [...] Sólo en Serbia y entre los serbios tenemos desde hace muchos años un movimiento de liberación nacional en el que participa una 'masa popular' de varios millones, y cuya 'continuación' es la guerra de Serbia contra Austria. **Si esta guerra estuviera aislada**, es decir, no relacionada con la guerra europea y con los codiciosos objetivos de rapiña de Inglaterra, Rusia, etc., todos los socialistas **estarían** obligados a desear el éxito de la burguesía serbia”¹⁷.

Pero en 1914 “*el elemento nacional de la guerra austro-serbia no tiene una importancia seria, en comparación con las rivalidades imperialistas fundamentales que lo deciden todo*”¹⁸. Por lo tanto, con razón, los socialistas serbios se negaron a firmar los créditos de guerra. En estas condiciones – pensaba Lenin– no se podía apoyar a la propia burguesía nacional. No se puede estar a favor de la guerra en Europa, de la guerra imperialista, con los inmensos sacrificios que causa a las masas populares y proletarias, con las dificultades que inevitablemente crea para el movimiento obrero, para satisfacer las apetencias de la propia nación, incluso oprimida.

“Estar a favor de la guerra en toda Europa por la sola reconstitución de Polonia”, explicaba Lenin en 1916, “es ser un nacionalista de la peor especie, es poner los intereses de un pequeño número de polacos por encima de los intereses de cientos de millones de hombres que sufren la guerra. [...] Lanzar hoy la consigna de la independencia polaca, en las condiciones de las actuales relaciones entre las potencias imperialistas vecinas, es realmente correr tras una utopía, caer en un nacionalismo estrecho, **olvidar la premisa necesaria, la de la revolución general en Europa, o, al menos, en Rusia y Alemania.** [...] Pero para los trabajadores rusos y alemanes no es indiferente participar o no en la anexión de Polonia [...] La situación es sin duda muy complicada, pero hay una salida que permitiría a todos los participantes seguir siendo internacionalistas: **los socialdemócratas rusos y alemanes exigiendo la “libertad de separación” incondicional de Polonia; los socialdemócratas polacos luchando por la unidad de la lucha proletaria en un país pequeño y en los países grandes sin propugnar por el momento, o en el período actual, la consigna de la independencia de Polonia**”¹⁹.

Los ejemplos de Serbia y Polonia no son excepcionales; por el contrario, son generalizables, y más aún porque la afirmación de tal o cual nación se vuelve, en una zona de capitalismo avanzado, **indiferente** para el proletariado, que no pone, como la burguesía, las reivindicaciones nacionales en primer plano, sino que “*las subordina a los intereses de la lucha de clases*”²⁰. Sin embargo, no es

¹⁷ V.I. Lenin, "Il fallimento della II Internazionale", OCCC, vol. 21, p. 212.

¹⁸ V.I. Lenin, "A proposito dell'opuscolo di Junius", OCCC vol. 22, p.309.

¹⁹ V.I. Lenin, "I risultati della discussione sull'autodeterminazione", op. cit. pp. 347-349.

²⁰ V.I. Lenin, "Sul diritto di autodeterminazione delle nazioni", OCCC, vol. 22, p. 391.

indiferente para el proletariado la división entre sus diferentes destacamentos nacionales fomentada por la persistencia de la opresión nacional.

De lo dicho hasta ahora ya podemos sacar una primera conclusión importante respecto a la guerra actual: el proletariado **ruso** no puede ignorar absolutamente hoy, al tomar una posición clara contra la guerra, la necesidad de **apoyar la plena e incondicional autodeterminación de Ucrania**, y a su vez, el proletariado **ucraniano**, si no quiere secundar la política opresiva de su gobierno contra el Donbass, Crimea y Transnistria, **debe apoyar igualmente el derecho de autodeterminación de estos últimos**.

Ahora nos queda considerar si el proletariado ucraniano debe promover una guerra nacional y popular contra la invasión rusa y en qué medida, o si, por el contrario, su consigna debe ser el derrotismo en el frente externo con vistas a la guerra de clases en el interno.

II

Criterios para la crisis actual

A la luz de lo desarrollado hasta aquí, ¿qué criterios podemos adoptar para orientar nuestra conducta ante la guerra actual? ¿Es posible en Ucrania conciliar la exigencia de la lucha por la revolución socialista y proletaria con la de la defensa nacional, aunque sea en forma de “guerra popular”? Para responder a estos interrogantes hay que preguntarse, en primer lugar, si las guerras nacionales siguen siendo posibles en la Europa actual, y en qué condiciones los marxistas podrían estar de su lado.

Para no alargarnos en lo posible con largas citaciones, basta recordar aquí que Lenin, al estallar la guerra imperialista en 1914, distinguía el mundo desde este punto de vista en tres grupos de países: Europa Occidental, Estados Unidos y Japón, es decir, los países capitalistas avanzados, donde las cuestiones nacionales están esencialmente resueltas; Europa Oriental y los Balcanes, donde persisten, pero sólo pueden resolverse verdaderamente por la “democracia proletaria”, es decir, por una revolución dirigida por el proletariado; el resto del mundo y las colonias, donde el problema nacional era totalmente actual.

Incluso hoy en día, en gran parte del mundo no occidental, las cuestiones nacionales siguen estando en la agenda. Pero este no es nuestro tema. Hoy, la guerra ha vuelto al “Viejo Continente”. Así que hablemos de Europa. El capitalismo es ahora dominante en todos los poros de la sociedad europea, y el más atrasado de los países europeos está cien veces más desarrollado, desde el punto de vista burgués, que muchos países de África o Asia. ¿Hace esto por sí mismo que la cuestión nacional desaparezca? No, pero vincula su destino a la revolución proletaria:

“La época del imperialismo no destruye ni la aspiración de las naciones a la independencia política ni la “realizabilidad” de esta aspiración **en el marco** de las relaciones imperialistas mundiales, pero **fuera de este marco** [...] cualquier transformación democrática sustancial es “irrealizable” **sin una serie de revoluciones y no puede mantenerse sin el socialismo**”²¹.

Volviendo a Europa, si, como ya se mencionó, Lenin rechaza la opinión de Luxemburg y de los “economistas imperialistas” de que las guerras nacionales son ahora imposibles allí, sin embargo, **sólo pueden darse en circunstancias muy peculiares**. En concreto, el **único** caso que se dio en su momento fue el “levantamiento de Pascua” irlandés de 1916, al que hoy se refieren ciertos izquierdistas para apoyar una “resistencia popular” ucraniana más soñada que real contra la invasión rusa. No citaré las sacrosantas y conocidas palabras de Lenin según las cuales tal insurrección, incluso con todos sus prejuicios pequeñoburgueses, debía ser –en contra de la opinión de los “economistas imperialistas”

²¹ V. I. Lenin, “Intorno a una caricatura del marxismo e all' 'economismo imperialistico', OCCC, vol. 23, p. 51, nota a pié di página.

polacos, rusos, holandeses y alemanes— bienvenida. Pero hay que decir aquí que nunca una comparación histórica ha sido tan inapropiada, y una demostración de ignorancia: el levantamiento derivó de siglos de opresión y ocupación del territorio, su trasfondo social era fuertemente (aunque no exclusivamente) **proletario**, y la dirección del movimiento incluso (aunque de forma confusa e inconsistente) **se basaba en el marxismo** (el líder del Ejército Ciudadano Irlandés, James Connolly, había sido un socialista militante, durante su emigración a América había sido miembro de la IWW, y se definía como marxista²²). Pero lo que es más importante, más allá de las posiciones ambiguas frente a Alemania, **objetivamente**, la revuelta, comparada con la Inglaterra entonces comprometida en el conflicto mundial, fue **derrotista**. Fue el preludio de la guerra de liberación irlandesa de 1919-1921, cuyas consecuencias se prolongaron hasta 1923.

Volviendo a Europa en su conjunto, según Lenin, las “guerras nacionales” ya eran allí extremadamente “improbables”. He aquí un pasaje suyo esclarecedor:

“Si el proletariado europeo se mostrara impotente durante otros veinte años, si la guerra actual terminara con victorias de tipo napoleónico y con la subyugación de toda una serie de estados-nación capaces de llevar una vida independiente; si incluso el imperialismo no europeo (americano y japonés principalmente) durara veinte años sin desembocar en el socialismo, por ejemplo a causa de una guerra japonesa-americana, **entonces sería posible una gran guerra nacional en Europa**. Esto supondría **un retroceso para Europa de varias décadas. Esto es improbable. Pero no es imposible.**²³

Por muy improbable que fuese, algo así es lo que ocurrió. La derrota de la revolución proletaria en la posguerra, entendida en sentido internacional, impidió que las cuestiones nacionales en Europa del Este y los Balcanes se resolvieran democráticamente, de acuerdo con los deseos del pueblo y los intereses del proletariado. La división de las esferas de influencia entre los dos bloques después de la Segunda Guerra Mundial primero las congeló, y luego las hizo revivir con el colapso del bloque soviético y de la propia URSS. Por ello, los revolucionarios no podían —aunque eran conscientes de que estos movimientos estaban condenados históricamente— no simpatizar con las revueltas de Berlín Oriental en 1953 y de Hungría en 1956²⁴, la primera que comenzó como una lucha proletaria y que luego adquirió también un contenido nacional antirruso, la segunda que comenzó como una insurrección antirrusa pero que abrió la puerta a la irrupción del movimiento obrero de los consejos. Pero en ambos casos estos movimientos, aunque interclasistas, **no formaban parte del ejército regular y luchaban al mismo tiempo contra su propio gobierno**. Al mismo tiempo, eran independientes —aunque estuvieran contaminados ideológicamente— de Occidente, que no los quería y se alegraba de verlos aplastados sin mover un dedo.

La premisa de una guerra “nacional” en el sentido marxista, de una guerra “justa”, que justifica la participación del proletariado, es por tanto **siempre** su contenido **objetivamente revolucionario**,

²² Cfr. Fearghal McGarry, “The Easter Rising” <https://www.qub.ac.uk/sites/irishhistorylive/IrishHistoryResources/Articlesandlecturesbyourteachingstaff/TheEasterRising/> Austen Morgan, “James Connolly - A Political Biography” Manchester, Manchester University Press, 1988; Lyam A. Ryannov, “James Connolly—The Irish Lenin”, 30, 2021 <https://soapboxie.com/world-politics/James-Connolly-The-Irish-Lenin> ; Liam O Ruairc, “James Connolly, Germany and the First World War: Was Connolly a proto-Lenin?” <https://theirevolution.wordpress.com/2015/12/03/james-connolly-germany-and-the-first-world-war-was-connolly-a-proto-lenin/> Hugh Stevens “Connollyism and Leninism”, Class Struggle, April 1981; “Connolly e l’Insurrezione di Pasqua”, [https://www.rivoluzione.red/1916-2016-linsurrezione-di-pasqua-a-dublino/#:~:text=Connolly%20e%20l%20E2%80%99Insurrezione%20di%20Pasqua%20II%2017%20aprile,gli%20irlandesi%20e%20oper%20creare%20una%20Repubblica%20d%20E2%80%99Irlanda.](https://www.rivoluzione.red/1916-2016-linsurrezione-di-pasqua-a-dublino/#:~:text=Connolly%20e%20l%20E2%80%99Insurrezione%20di%20Pasqua%20II%2017%20aprile,gli%20irlandesi%20e%20oper%20creare%20una%20Repubblica%20d%20E2%80%99Irlanda.;);

²³ V. I. Lenin, “A proposito dell’opuscolo di Junius”, OCCC vol. 22, pp. 308

²⁴ Sobre estos episodios, sobre los que la izquierda revolucionaria no ha llegado aún a un juicio histórico fundado, se pueden leer los dos artículos de Amadeo Bordiga, “La Comuna de Berlín, un camino largo y difícil, una meta grande y lejana”, y “Con el sucio asunto entre comunismo y democracia, los perros renegados lo han arruinado todo”, en ‘il programma comunista’ n° 14 de 1953 y 22 de 1956.

su contenido de clase **dentro** del país que lucha contra la opresión nacional. ¿Cómo, entonces, se puede entender si una guerra es nacional o no?

“Hay que estudiar la política que precedió a la guerra, la política que condujo y conduce a la guerra. Si la política ha sido imperialista, es decir, ha defendido los intereses del capital financiero, ha saqueado y oprimido a las colonias y a otros países, la guerra que resulta de tal política es imperialista. Si la política fue una política de liberación nacional, es decir, expresaba el **movimiento de las masas** contra la opresión extranjera, la guerra resultante es una guerra de liberación nacional”²⁵.

“Cómo distinguir una guerra genuinamente nacional de una guerra imperialista, disfrazada con consignas engañosamente nacionales [...] hay que examinar si están 'basadas en' una '**larga sucesión de movimientos nacionales de masas**' para el 'derrocamiento del yugo nacional'”²⁶.

La premisa de la “guerra nacional” en la mayoría de los casos es la insurrección en el frente interno. Pero incluso cuando esta premisa está sólo implícita –como en el caso de las “revoluciones desde arriba”– el contenido revolucionario es un elemento indispensable. Dadas las actuales condiciones del elevado desarrollo del capitalismo en Europa, no hay duda de que el contenido de clase fundamental de cualquier levantamiento revolucionario sólo puede ser antiburgués y proletario. **Cualquier guerra nacional sin esta premisa fundamental, sin el proletariado en el poder o al menos en una situación de dualismo de poder, no es nuestra.**

“A la guerra imperialista burguesa [...] sólo se puede contraponer [...] la guerra civil del proletariado contra la burguesía por el poder [...] y luego –sólo bajo ciertas circunstancias especiales– una posible guerra de defensa del Estado socialista contra los Estados burgueses”.²⁷

La revolución en tiempo de guerra es una guerra civil; la transformación de la guerra de los gobiernos en guerra civil se ve facilitada, por un lado, por el derrocamiento militar (la “derrota”) de estos gobiernos; por otro lado, es prácticamente imposible luchar realmente por esta transformación sin contribuir, al mismo tiempo, a la derrota”.²⁸

Sobre el problema de la milicia: no estamos a favor de la milicia burguesa, sino sólo de la milicia proletaria. Así que “ni un céntimo, ni un hombre” no sólo para el ejército permanente, sino ni siquiera para la milicia burguesa”²⁹.

Es el **contenido de clase** el que decide si una guerra en Europa hoy es imperialista o no, **no el hecho de que se alineen muchos o pocos países capitalistas**. Y cuando decimos guerra imperialista no nos referimos banalmente a una guerra de rapiña, de conquista. Eso sería una concepción vulgar y poco científica. **Nos referimos a una guerra que representa, por un lado y por otro, los intereses del capital financiero y, sin importar el número de países implicados, de los grandes grupos monopolistas del capital mundial.**

¿Pueden encontrarse estos elementos en el nacionalismo ucraniano de hoy y de ayer?

III

El nacionalismo ucraniano: orígenes

Si nos limitáramos, de forma dogmática, a interrogar los textos de Marx y Engels, el juicio sobre el nacionalismo ucraniano (o “ruteno”, como ellos lo llamaban) no podría ser más despectivo: “pueblos

²⁵ V. I. Lenin, “Intorno a una caricatura del marxismo e all'economismo imperialistico”, OOCC, vol. 23, p. 30

²⁶ V. I. Lenin, “Intorno a una caricatura del marxismo e all'economismo imperialistico”, OOCC, vol. 23, p. 28

²⁷ V. I. Lenin, “A proposito dell'opuscolo di Junius”, OOCC vol. 22, p. 315.

²⁸ V. I. Lenin, “La sconfitta del proprio governo nella guerra imperialistica”, OOCC, vol. 21, p. 250

²⁹ V. I. Lenin, “Il programma militare della rivoluzione proletaria”, OOCC, vol. 23, p. 83.

sin historia” à la Hegel. Tal vez sea un juicio poco generoso (como opina el ya mencionado Rosdlosvsky), dado que un movimiento campesino antipolaco y antirruso (que en el siglo XIX significaba antiaristocrático), y como tal protonacional, sí se manifestó. Pero sin una clase urbana ciertamente no podía imponerse (y tales clases eran –en los territorios “rutenos” divididos entre Polonia, Rusia y el Imperio de los Habsburgo– polacas, rusas o alemanas)³⁰.

En un territorio que era un caleidoscopio de grupos étnicos (ucranianos, polacos, bielorrusos, rusos, checos, magiares, rumanos, judíos, moldavos, tártaros, búlgaros, alemanes, gitanos), durante el siglo XIX, la idea nacional ucraniana era patrimonio de los círculos intelectuales, sobre todo en la Galitzia austrohúngara, sin conexión con la masa del pueblo, especialmente en el campo, cuyos verdaderos portavoces eran los clérigos ortodoxos, que miraban a Moscú. Como señala Carr, el nacionalismo popular (campesino) ucraniano se dirigía principalmente contra los polacos y los judíos³¹. Y no sólo existía una división política, sino también cultural y lingüística entre Ucrania occidental, sometida a los Habsburgo³², y Ucrania oriental, donde se estaba produciendo una importante inmigración de población rusa, concentrada en las ciudades, atraída por el desarrollo industrial y capitalista que estaba conquistando incluso el atrasado imperio zarista. **Una división cultural que persiste hasta hoy.**

Al decir que la Ucrania independiente fue una invención de Lenin, Putin expresó una verdad a medias. En realidad, es más una consecuencia de la opresión nacional zarista de los “pequeños rusos”, pues no hay nada que despierte mayor resentimiento nacional que la asimilación forzada. Incluso durante la revolución de 1905, los ucranianos **se limitaron a exigir autonomía y libertad en el uso de su propia lengua**. Y así será también entre la caída del zar en febrero de 1917 y la revolución bolchevique. Durante la “Gran Guerra”, los nacionalistas ucranianos buscaron el apoyo de las potencias occidentales, desprestigiándose por estar “tan prontos a venderse al extranjero”³³. La primera “Rada” central ucraniana de 1914 declaró su lealtad a Austria-Hungría, y una segunda Rada organizó el reclutamiento de voluntarios bajo la bandera de los Habsburgo.

El nacionalismo ucraniano: 1917-1921

Tras la Revolución de febrero de 1917, toda Ucrania estaba en ebullición. Renacen las antiguas organizaciones políticas ucranianas, pero también, en Karkov y Kiev, los primeros soviets. Además en Kiev se formó en esos días la “Rada Central” ucraniana, dirigida por elementos “burgueses” y socialdemócratas de orientación nacionalista.

Desde el principio hubo en Kiev como en Petrogrado dos centros de poder. Por iniciativa de la Rada Central, se creó un Comité Militar General, encabezado por Symon Petljura, con unos 60.000 hombres. En diciembre, la Rada Central reconoce la República de los Cosacos del Don, proclamada unos días antes.

Del 21 al 28 de septiembre se celebra en Kiev el Congreso de los Pueblos de Rusia, en el que se pide la creación de una República Federal Rusa. El 2 de noviembre, el Congreso Militar Panucraniano emite una resolución en la que pide la proclamación de una “República Democrática Ucraniana”. En diciembre se abre el Congreso de los Soviets en Kiev, en el que los bolcheviques están en clara minoría.

³⁰ Las historias generales de Ucrania disponibles para el lector italiano son escasas y en muchos aspectos insatisfactorias. Recomiendo G. Cella, “STORIA E GEOPOLÍTICA DELLA CRISI UCRAINA DELLA RUS’ DI KIEV A OGGI”, Carocci, 2021; M. Vassallo, “Storia dell’Ucraina, Dai tempi più antichi ad oggi”, Mimesis, 2020.

³¹ E. H. Carr, “La rivoluzione bolscevica 1917-1923”, Torino, Einaudi, 1964, p. 282.

³² La dominación austriaca en Galizia ha sido fundamental y tuvo efectos perturbadores que permanecen hasta hoy [...].] permitió la supervivencia de la lengua ucraniana [...] durante los largos y oscuros años [...] en los que se prohibió el mero uso del ucraniano en el Imperio ruso [...] para evitar que el ucranianismo tuviera el mismo, objetivamente triste, destino que el nacionalismo bielorruso [...] hizo imposible que el naciente movimiento nacional ucraniano en el Imperio ruso fuera cortado de raíz” (S. Vassallo, “Breve storia dell’ Ucraina dal 1914 all’ invasione di Putin”, Udine, Mimesis, 2022, pp. 19-21).

³³ E. H. Carr., op. cit., p. 284.

El 25/12/1917 se forma en Karkov el primer gobierno bolchevique de Ucrania. Mientras tanto, la Rada, al tiempo que toleraba la presencia de los ejércitos contrarrevolucionarios de Kornilov y Kaledin, desarmaba las unidades soviéticas en su territorio e impedía su tránsito para las operaciones contra los “blancos”.

Así, a pesar de la famosa “Declaración sobre los Derechos de los Pueblos de Rusia”, sancionada por uno de los primeros decretos del gobierno soviético ruso dirigido por los bolcheviques, en enero de 1918 tuvo lugar la primera campaña soviética contra la Rada, **la que finalmente decidió proclamar la plena independencia** de Rusia, pidiendo ayuda, primero a Francia, y luego a Alemania y Austria-Hungría. Pero, como admitía Vinniçenko, “la gran mayoría de la población se estaba volviendo contra” el gobierno nacionalista³⁴. Los bolcheviques tomaron Kiev a principios de febrero. Sin embargo, su base social era inestable, ya que la mayoría eran rusos (rusos ucranianos), de origen urbano, desvinculados del campo ucraniano parlantes.

Tras el estancamiento de las negociaciones de Brest-Litovsk, mientras el Partido Bolchevique libraba una amarga batalla entre los partidarios de la paz a toda costa, encabezados por Lenin, y los partidarios “de izquierdas” de la guerra revolucionaria contra Alemania, con la mediación de Trotsky, los alemanes reanudaron las hostilidades y avanzaron hacia Rusia. El 2/3/1918 entraron en Kiev, poniendo fin al primer período bolchevique en Ucrania. La Rada Central volvió a la carga. Pero la sonrisa de los nacionalistas duró poco. **Su impotente gobierno fue pronto derrocado por las tropas del kaiser.** Un congreso maniobrado por las potencias centrales confirió al general Pavlo Skoropads'kyj el glorioso y arcaico título de Ataman, en recuerdo de las tradiciones cosacas (no olvidemos que los cosacos eran la milicia contrarrevolucionaria favorita de los zares). El Atamanato (como llegó a conocerse popularmente el gobierno títere de Skoropads'kyj), denominado oficialmente “Estado ucraniano”, adoptó una política de ucranianización en los ámbitos cultural y eclesiástico, ahora muy revalorizada.

Para el gobierno revolucionario ruso fue un momento de extrema debilidad y peligro. Al volver a la mesa de negociaciones de Brest-Litovsk, se vio obligado a una rendición incondicional, comprometiéndose a retirar sus fuerzas del territorio de Ucrania. Pero, como Lenin había predicho al instar al partido a firmar la paz a cualquier precio, Alemania fue presa de la revolución y abandonó la guerra. El atamán Skoropads'kyj, que hasta entonces había vendido el país a los alemanes, abandonó la idea de un Estado ucraniano independiente y proclamó la federación con una futura Rusia no bolchevique. Esto llevó a los nacionalistas a formar un contragobierno, conocido como el Directorio de la República Popular Ucraniana, formado por cinco hombres: Vynnyçenko, Petljura, Švec', Andrijevs'kyj y Makarenko).

Mientras tanto, en noviembre de 1918, los ucranianos del antiguo Imperio Austrohúngaro habían proclamado en Lviv la “República Popular de Ucrania Occidental”, lo que provocó malestar con las poblaciones polacas que vivían allí. El 22 de enero del año siguiente se proclamó solemnemente la **unión** entre la nueva república y la Rada del Directorio, pero en la práctica dejó mucho que desear. La desconfianza entre las dos ucrañas se vio alimentada por el hecho de que, mientras en Lviv se odiaba principalmente a los polacos, en Kiev el enemigo eran básicamente los “grandes rusos”. Una contradicción que provocó serias fricciones, como se verá a continuación. Por el momento, estos contrastes quedaron relegados por el estallido de la guerra con Polonia, que se había reunido sobre las ruinas de los imperios centrales y zarista. Este conflicto fue apoyado principalmente por las tropas de la República Popular de Ucrania Occidental y terminó en junio de 1919 con una victoria polaca (hablaremos sobre esto en breve).

Volviendo a las relaciones entre Rusia y Ucrania, ya en febrero de 1919 los bolcheviques, después de haber creado la “República Socialista Soviética de Ucrania”, con capital en Járkov, retomaron Kiev, precedidos de decretos de confiscación de tierras a favor de los campesinos y de fábricas a favor de los obreros y por ello acogidos, según las propias palabras de Vinniçenko, con gran

³⁴ Ibid., p. 290.

favor por la población³⁵, que había experimentado tanto las tendencias reaccionarias de Skoropads'kyj y Denikin como la timidez de las reformas del Directorio. Se concluyó un tratado entre la nueva República de Ucrania y el gobierno ruso que, siguiendo los principios de autodeterminación del gobierno bolchevique, reconoció a la Ucrania soviética todo el territorio reclamado por la Rada Central. En este punto, el Directorio buscó el apoyo de la Entente y, en particular, de los franceses.

El gobierno bolchevique en Kiev duró desde febrero de 1919 hasta finales de agosto de 1919 y terminó debido a la llegada simultánea, pero no convergente, de las tropas de Denikin desde el este y las del Directorio desde el oeste. Pero la independencia ucraniana no surgió de esto. Todo lo contrario: **las tropas “blancas” expulsaron de mala manera a los ucranianos del Directorio**. Una vez más, la fragilidad del nacionalismo ucraniano salía a relucir a la luz del sol.

De hecho, con la derrota de Denikin, los bolcheviques volvieron a ocupar toda Ucrania, también gracias a la contribución de las bandas de Makhno³⁶. Con Denikin también se derrumbó el régimen cosaco del Don. En este punto, habiendo renunciado Vynnyčenko, Petljura, que tenía menos escrúpulos de principio, buscó un acuerdo con Polonia, sacrificando los territorios de Galicia. El sueño de una Ucrania unida terminó así miserablemente.

El 6 de mayo de 1920, Kiev cayó en manos de los ucranianos y los polacos. El 6/11/1920 fue finalmente retomada por los soviéticos. A su vez, la aparentemente imparable ofensiva soviética se quebró frente a Varsovia a mediados de agosto de 1920.

En suma, resume Carr, el nacionalismo burgués ucraniano pereció después de haber “dado sobradas pruebas de su absoluta ineficacia: carente de todo apoyo entre los obreros, no había logrado ganarse ni siquiera a los campesinos, y ello –como admitió franca y repetidamente Vynničenko, el más honesto de sus dirigentes– porque no había querido apoyar la causa de la revolución social ni la más modesta de cualquier reforma significativa. Esta debilidad intrínseca le llevó entonces, necesariamente, a una constante dependencia de los intereses extranjeros”³⁷.

A principios de 1921 el poder soviético parecía estar consolidado; el gobierno soviético ucraniano en estos primeros años se presentaba como un gobierno “independiente”, aunque estrechamente vinculado a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas por el tratado del 28/12/1920. Incluso, la Ucrania soviética mantuvo algunas misiones diplomáticas separadas en el extranjero. Esto llegó a su fin con la adopción de la primera Constitución de la Unión Soviética, que entró en vigor el 31 de enero de 1924, diez días después de la muerte de Lenin, que había luchado hasta el final –contra la indiferencia del partido– para que no se abandonaran los principios de autodeterminación en las relaciones con las repúblicas soviéticas.

Entre Ucrania y Rusia se daban sin duda las condiciones más favorables –lingüísticas, culturales, económicas– para una asimilación democrática y espontánea. Pero el régimen estalinista superó al zarista al infligir enormes sufrimientos al campesinado ucraniano y humillar la especificidad cultural ucraniana. Y, una vez más, la brutal asimilación forzada no hizo sino avivar los odios y resentimientos nacionalistas.

El nacionalismo ucraniano durante la Segunda Guerra Mundial

³⁵ Ibid. p. 293.

³⁶ En el sur de Ucrania desempeñaron un gran papel, sobre todo en 1919, pero también en 1920, las bandas anarquistas de Néstor Makhno, a menudo probolcheviques y a veces antibolcheviques, así como otras bandas de campesinos. En la zona de Čerkasy algunas bandas llegaron a crear una “república campesina” que duró en cierta medida hasta 1921. Las bandas de Hryhor'jev y aún más las de Terpylo y otros líderes locales cometieron numerosos pogromos contra los judíos, de los que no salieron indemnes ni siquiera algunas de las bandas majnovistas, con toda probabilidad contra las órdenes de Makhno. Los pogromos contra los judíos fueron uno de los peores legados de las operaciones militares en Ucrania. Los polacos y los ejércitos de Petljura fueron culpables de una horrenda persecución antijudía. Véase R. Pipes, *El regime bolscevico*, Milano, Mondadori, 1994; S. Vassallo, op. cit.

³⁷ E. H. Carr, op. cit., pp. 296-297.

En 1939, el pacto germano-soviético y la invasión de Polonia por el Ejército Rojo permitieron la anexión de la mayor parte de Galitzia a la URSS; los dirigentes ucranianos se refugiaron en Cracovia, donde los alemanes les permitieron organizarse. En noviembre de 1939 se creó la Unión Nacional Ucraniana (UNO), dividida en dos secciones, la del coronel Melnyk y la del activista nacionalista de extrema derecha Stephan Bandera.

Cuando los alemanes invadieron Rusia en 1941, Bandera proclamó en Lviv la creación de un “gobierno estatal ucraniano”, mientras que Melnyk, por su parte, creó un Consejo Nacional Ucraniano en Kiev el 5 de octubre. Después de los horrores estalinistas, los alemanes son inicialmente bien recibidos. Varios miles de ucranianos se alistaron en la Wehrmacht. Un cuerpo de cosacos operará en los Balcanes. La 14ª División SS “Galicia”, compuesta en gran parte por uniatas, luchó ferozmente contra el Ejército Rojo en Brody, no sin participar en algunos pogromos. Estas unidades se comportaron a menudo con mayor crueldad que los alemanes, tanto contra los polacos como contra los judíos, colaborando con las SS.

Pero también esta vez la alegría de los nacionalistas es efímera: los alemanes tratan a la población como mano de obra servil al servicio del Reich. Stephan Bandera es detenido hasta 1944, mientras que banderistas y melnykistas se dividen en el terreno por luchas internas. Más tarde fue liberado con la tarea de organizar la resistencia al avance ruso. Pero el colapso de Alemania y el avance del ejército ruso acabarán de nuevo con la independencia ucraniana.

Puede parecer increíble, pero –a falta algo mejor– Bandera se ha convertido en un héroe nacional en la Ucrania actual, sin vergüenza por parte de los que conocen su historia y su ideología, tal vez con ingenuidad por parte de los que no han asumido la historia³⁸.

Hay que concluir que **nunca ha habido** en Ucrania un movimiento nacional progresista **auténticamente popular**, si por ello entendemos –como debe ser en nuestro caso– un movimiento **duradero** que adquiera una **dimensión generalizada** dentro de una estructura nacional. A lo sumo, se puede conceder que ha habido elementos, o embriones, que se han mantenido como tales, a pesar de los sentimientos e intenciones **nacionalistas** (que no significa nacionales) de algunos sectores de la sociedad ucraniana. Y no es sólo un prejuicio alimentado por el régimen soviético estalinista o post-estalinista ya que, tras la Segunda Guerra Mundial, era compartido por los que hoy parecen ser los más convencidos defensores de la “autodeterminación” ucraniana, los responsables políticos estadounidenses. El Consejo de Seguridad Nacional declaró en 1948:

“los ucranianos nunca han demostrado poseer los requisitos necesarios para establecer y dirigir una nación independiente capaz de enfrentarse eficazmente a la oposición de los “grandes rusos”: Ucrania no refleja un concepto claramente definido desde el punto de vista étnico y geográfico”³⁹.

La opinión del general Massimo Iacopi, ciertamente no prorruso, parece acertada:

“Tierra casi siempre desprovista de un Estado nacional, mosaico de pueblos diferentes, encrucijada de ambiciones vecinas, Ucrania nunca ha dejado de ser un teatro de conflictos. A diferencia de la mayoría de los países

³⁸ “Tras la independencia, las dos etnolingüísticas ucranianas también se distinguieron en la toponimia. Había una Ucrania que se mantenía fiel a una identidad ligada al pasado soviético, donde las calles y plazas siguen llevando el nombre de la Revolución de Octubre y de los héroes de la URSS, y donde los monumentos a Lenin siempre tenían flores frescas a sus pies. Y ha habido una Ucrania que ha intentado reconstruir su identidad nacional, aferrándose a fragmentos de un pasado un tanto enterrado, donde las estatuas del poeta Taras Ševčenko han derribado las de Lenin de sus pedestales, y la toponimia se ha llenado de personajes que han resurgido de una historia que aún está en parte por escribir, desde el rey Danylo Halytskyi hasta Bogdan Khmelnytskyi. Y donde Bandera ha acabado en el medio” (Danilo Elia “Stephan Bandera, l’eroe criminale che divide l’Ucraina”, Osservatorio Balcani e Caucaso Transeuropa, 08/07/2014). <https://www.balcanicaucaso.org/aree/Ucraina/Stephan-Bandera-l-eroe-criminale-che-divide-l-Ucraina-154127>.

³⁹ “Us objectives with respect to Russia”, Document 20/01, 18 agosto 1948.

Europeos, no ha sido el resultado de una paciente construcción consolidada a lo largo de los siglos. Desaparece regularmente y renace, con la misma regularidad, como por arte de magia”⁴⁰.

Y así es como la Ucrania de hoy ha surgido de nuevo, **no como resultado de un movimiento nacional**, sino, una vez más, como resultado del colapso del dominio ruso.

Ucrania hoy

Con la disolución de la URSS a finales de 1991, asistimos a la versión más audaz del “neoliberalismo” jamás experimentada. Todo el antiguo bloque soviético se vio afectado por una serie compulsiva de privatizaciones. Los “Chicago boys” nativos, instruidos por el FMI, organizan una gigantesca subasta de propiedades estatales. Los viejos brontosaurios de la burocracia y el partido se transforman en velociraptors a la velocidad del rayo. Nacen los llamados “oligarcas”.

“Petróleo, metales no ferrosos, materias primas de importancia estratégica, podían ser comprados por los comerciantes rusos en rublos a una empresa estatal y revendidos en moneda fuerte a los especuladores de la Comunidad Europea a un precio 10 veces superior. [...] . Los beneficios de estas transacciones se depositaban en cuentas bancarias en el extranjero”⁴¹.

Las ganancias se utilizaron para comprar propiedades estatales que se privatizaban a precios de ganga. En Ucrania se produjeron mecanismos similares, pero con una identificación aún más flagrante de la riqueza y el poder político en manos de la antigua nomenklatura, dirigida por Leonid Kučma, que llegó a ser primer ministro y presidente. Por ejemplo, Pavlo Lazarenko, director del complejo agroindustrial de Naukovi, acumuló una gran riqueza gracias a la exportación de materias primas, lo que le permitió convertirse en ministro de Energía y, posteriormente, en jefe del Gobierno, desviando enormes fondos a las Islas Caimán (200 millones de dólares en un par de años)⁴². O la futura “pasionaria” de la “revolución naranja” de 2014, Julija Tymoshenko.

Joven emprendedora en el momento del colapso de la estructura soviética, Tymoshenko compró un paquete de acciones en el mercado del petróleo por 100.000 rublos en la Bolsa de Moscú, que en sólo dos semanas subieron un 4500%. Con el apoyo de su suegro, un importante ex funcionario soviético, fundó la empresa energética Korporacija Ukrajinskij Benzin (Kub), entrando en el rico mercado de la hazotreidería (“vendedores de gas”). Aprovechando el decreto por el que Lazarenko, que acababa de ser Primer Ministro, redujo de ocho a dos el número de empresas autorizadas a comerciar con productos energéticos, se convirtió en dos años en la líder del mercado energético nacional. Los beneficios de esta posición monopólica permitieron a Tymoshenko poseer más de veinte empresas que operan en una amplia gama de sectores, con una facturación total de más de 10.000 millones de dólares al año. A finales de 1996 controlaba el 25% de la economía ucraniana. Su trust depositó más de 120 millones de dólares en cuentas en el extranjero a nombre del mencionado Lazarenko⁴³ (posteriormente detenido en Estados Unidos por malversación de 200 millones de dólares de las arcas del Estado, fraude y extorsión). Esto último la salvó de ir a la cárcel tras ser detenida en 1995 acusada de intentar introducir 26 millones de dólares en Rusia. Esto era sólo el principio. Cuando el presidente Kuchma trató de limitar el campo de acción de la “libre empresa”, la “pasionaria” decidió recurrir a la política, llegando a un acuerdo con Viktor Juščenko, director del Banco Central de Ucrania, primer ministro en 1999, con sólidos vínculos con Estados Unidos y Occidente (su segunda esposa es una antigua funcionaria del Departamento de Estado USA). Éste, gracias también al apoyo de Tymoshenko, se convirtió en líder de la “Revolución Naranja” y finalmente en presidente, e

⁴⁰ M. Iacopi, “UCRAINA, UNA STORIA E UNA COABITAZIONE DIFFICILI, 1 ottobre 2014, <http://www.storiain.net/storia/ucraina-una-storia-difficile/>

⁴¹ Michel Chossudovsky, “Globalizzazione della povertà e nuovo ordine mondiale”, Gruppo Abele, Torino, 2003.

⁴² G. Gabellimi, “Ucraina, una guerra per procura”, Bologna, Arianna Editrice, 2016.

⁴³ M. Kaminski, “The Rise and Fall of Yulia Tymoshenko”, Wall Street Journal, 1471172011.

inmediatamente la nombró primera ministra. La “pasionaria” fue posteriormente condenada a siete años de prisión por abusar de un acuerdo de suministro de gas con Putin (sentencia rechazada por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos). Fue liberada tras los sucesos de Euromaidán, de los que volveremos a hablar.

Volviendo a Jušenko, en su programa electoral había prometido –como luego hizo Zelensky, y con los mismos resultados– una lucha encarnizada contra la corrupción. Promesas no cumplidas.

“Para disgusto de sus aliados de la sociedad civil, el nuevo presidente parecía llevarse bien con los oligarcas de la era Kuchma. Lejos de ser encarcelados, sus imperios empresariales se expandieron, al igual que su influencia. [...] los oligarcas no tenían nada que temer de su presidencia”.⁴⁴

Cabe destacar que en septiembre de 2008 Jušenko declaró que para 2017 los barcos rusos tendrían que abandonar sus bases en el Mar Negro.

Lo que está en juego: relaciones económicas y geopolíticas

Y aquí llegamos a la verdadera cuestión que está sobre la mesa: en la imposibilidad objetiva de una verdadera autonomía (al fin y al cabo, ¿cuántos países pueden hoy determinar su propio destino de forma autónoma?), **la elección del terreno en el tablero internacional: ¿buenas relaciones con Rusia o con Occidente?** La historia de Ucrania desde su independencia es un péndulo que atestigua el tira y afloja entre Occidente y Rusia por el control del país.

Ucrania dependía totalmente de Moscú para el suministro de energía y los cánones del tránsito del gas ruso hacia la Unión Europea, pero también como mercado de exportación de la producción industrial⁴⁵. Incluso en 2012, Rusia fue el destino del 25,7% de las exportaciones ucranianas, mientras que solo el 24,9% fue a la UE. En 2018, las exportaciones a Rusia serán tres veces menores. ¿Cómo se llegó a este punto?

El primer acuerdo de cooperación con la UE se remonta a 1994, mientras crecían las tensiones en Crimea.

En 1997 Rusia y Ucrania firmaron un tratado de amistad y cooperación, tras el cual la ayuda occidental a Kiev disminuyó.

En 1998, Ucrania adopta una hoja de ruta para la integración en la UE. La presión militar rusa y las represalias económicas se hicieron cada vez más fuertes.

En 2010, con Janukovich como presidente, a su vez confabulado con los “oligarcas” y posteriormente culpable de corrupción y nepotismo demostrados, la facción dispuesta a llegar a un acuerdo con Rusia volvió al gobierno. Se prorroga la concesión de las bases navales rusas en el Mar Negro⁴⁶. Rusia concede generosos préstamos.

En 2013, en vísperas de la firma del tratado de asociación con la UE, el “prorruso” Janukovich da marcha atrás. Esto condujo a los acontecimientos de Euromaidan y a la caída de Janukovich, que se refugió en Rusia.

⁴⁴ Katya Gorchinskaya, “A brief history of corruption in Ukraine: the Yushenko era”, eurasianet, 28/5/2020.

⁴⁵ Según Trading Economics, Rusia sigue representando (en 2020) el 8,5% (tercer puesto) de las importaciones ucranianas y el 5,5% (tercer puesto) de las exportaciones (el socio comercial más importante es ahora China, con el 14 y el 15% respectivamente) <https://tradingeconomics.com/ukraine/exports-by-country> , <https://tradingeconomics.com/ukraine/imports-by-country>.

⁴⁶ Para Rusia, la importancia del acceso a ese mar, es decir, a los “mares cálidos”, no sólo es vital desde el punto de vista estratégico y militar (no se puede ser una potencia sin acceso al mar), sino también como arteria comercial indispensable: el 65% de las exportaciones al extranjero y el 38% de las exportaciones de petróleo de Moscú pasan por allí.

Moscú, preocupado por el destino de sus bases navales en Crimea, anexionó la antigua península rusa, que Kruschev había cedido a Ucrania en 1954⁴⁷. En abril, la mayoría de las regiones rusoparlantes de Donetsk y Luhansk también se separan de Ucrania con apoyo militar y logístico ruso. La secesión de las repúblicas del Donbass fue el comienzo de un prolongado conflicto, en el que tanto Estados Unidos como Rusia suministraron a sus respectivos aliados armas, dinero y asesores militares. Uno de los episodios más atroces de este periodo fue la infame “masacre de Odessa”, en la que 48 ucranianos prorrusos fueron quemados vivos en la “casa sindical” en la que se habían refugiado para escapar de la persecución de los nacionalistas ucranianos de extrema derecha.

Conscientes del peligro de la situación para el equilibrio europeo, una Europa que en ese momento no estaba del todo doblegada por las posiciones americanas, sobre todo Alemania, preocupada por sus relaciones económicas con Rusia y el suministro de gas, consiguieron sentar a los contendientes en la mesa de negociaciones. Esto condujo al famoso “alto el fuego de Minsk” (septiembre de 2014), que fue inmediatamente incumplido. En febrero del año siguiente, Merkel y el presidente francés Hollande acudieron a Moscú para proponer un nuevo acuerdo –rebautizado como “Minsk 2”– en el que se comprometían a apoyar la implantación de un modelo federal de Estado ucraniano que garantizara una amplia autonomía a las poblaciones rusoparlantes, así como a impedir tanto el suministro de armas al régimen de Kiev deseado por Estados Unidos como el ingreso de Ucrania en la OTAN. Pero las cosas resultaron ser diferentes. Pronto Kiev renunció a su condición de “país no alineado” y, a partir de 2015, comenzó a cooperar con la OTAN.

Esto ocurrió bajo la presidencia, iniciada en 2014, de otro oligarca, Poroschenko, conocido como el “rey del chocolate” (y descrito por el cable confidencial “06KIEV1706_a” enviado el 28 de abril de 2006 desde la embajada de EEUU en Kiev revelado por WikiLeaks como “nuestro topo en Ucrania”). Bajo su gobierno se firmó finalmente el tratado con la UE. Sus numerosos acuerdos abrieron la puerta a Occidente para saquear la economía ucraniana⁴⁸, especialmente en el sector agrícola, uno de los principales objetivos del capital internacional⁴⁹. Al mismo tiempo, asumió un programa nacionalista de “ucranianización”, promulgando leyes que discriminaban a los rusoparlantes, leyes destinadas a expulsar la lengua rusa de la esfera pública y de las escuelas, y patrocinó una Iglesia Ortodoxa Ucraniana, socavando así la influencia del Patriarcado de Moscú. Prohibió la propaganda comunista, promovió la retirada de todos los monumentos comunistas y revalorizó a todos los nacionalistas del pasado, incluidas las figuras y organizaciones que habían colaborado con los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial en el exterminio de judíos y la masacre de miles de polacos, como Stephan Bandera. Su fortuna aumentó en 400 millones de dólares entre 2012 y 2020, mientras el país se hundía en la crisis económica y la miseria. Hoy Poroshenko está acusado de alta traición por facilitar la compra de carbón a empresas situadas en el este de Ucrania, a manos de los separatistas prorrusos que están en guerra con Kiev.

Mientras tanto, los acuerdos de Minsk han sido sistemáticamente incumplidos por ambas partes del conflicto, lo que ha mantenido activas las tensiones hasta los dramáticos acontecimientos actuales.

En 2019, Zelensky se convirtió en presidente, con un programa, casualmente, de nuevo de lucha contra la corrupción, destinado a fracasar como el de Jušenko. Y no podía ser de otra manera: la fortuna de Zelensky comenzó con el oligarca Ihor Kolomojs'kyj, cuyo grupo televisivo le había convertido en una estrella del pop, sin olvidar los vínculos entre el primer asesor de Zelensky y el hombre más rico del país, Rinat Akhmetov, así como las 14 empresas offshore de Zelensky. De hecho, antes de la guerra actual, el índice de aprobación del “comediante” presidente estaba en caída libre y nada parecía poder remontarla⁵⁰. Durante la campaña electoral, Zelensky había asumido un perfil

⁴⁷ Kwaśniewski, Aleksander. “Ukrainian-Russian Relations: Lessons for Contemporary International Politics.” *Horizons: Journal of International Relations and Sustainable Development*, no. 2, Center for International Relations and Sustainable Development, 2015, pp. 22–33, <https://www.jstor.org/stable/48573451>

⁴⁸ https://www.lantidiplomatico.it/dettnews-ucraina_il_lato_oscuro_dei_prestiti_internazionali/82_20902/

⁴⁹ Mousseau, Frederic, “West’s agri-giants snap up Ukraine”, «Asia Times», 28 gennaio 2015.

⁵⁰ Fulvio Scaglione, “Zelens'kj e il peso degli oligarchi”, *Limes* 2/2022.

moderado en comparación con el nacionalismo exacerbado de Poroschenko, lo que hizo concebir esperanzas de negociación con Rusia. Pero pronto la cesión de dos importantes minas de litio a la empresa europeo-australiana European Lithium, en detrimento de la empresa china Chengxi Lithium, demostró su alineamiento con Occidente⁵¹.

El breve recorrido que hemos esbozado no ha sido en vano. En 2020, por supuesto, Rusia sigue siendo el segundo inversor directo en la economía ucraniana (13,4% del total), por detrás de Polonia (15,6%)⁵². Pero la UE **en su conjunto** es ahora el mayor socio comercial (con el 42% del total) y la mayor fuente de inversión extranjera en Ucrania (con Polonia y Alemania a la cabeza, seguidos de Italia)⁵³. Ucrania depende de Occidente para obtener ayuda financiera, pero para concederla (con el pretexto habitual de la lucha contra la corrupción) ha exigido y obtenido la apertura de sus mercados a los capitales y bienes extranjeros. En el periodo posterior a Maidan, el FMI ha destinado más de 17.000 millones de euros en préstamos no reembolsables y financiación para apoyar aquellas reformas que pudieran favorecer la penetración económica de Occidente⁵⁴. Ucrania se ha transformado en una colonia financiera de las metrópolis occidentales.

La guerra actual estuvo precedida, a finales de 2021, por un hecho crucial: un conflicto con Alemania, acusada de querer expulsar a Kiev del mercado del gas mediante la puesta en marcha del gasoducto Nord Stream 2, un proyecto también saboteado por Estados Unidos con sanciones dirigidas a las empresas implicadas en la iniciativa, hasta un acuerdo Biden-Merkel que preveía el hundimiento del proyecto en caso de amenazas a Ucrania. Un engaño que contribuyó definitivamente a entregar el destino de Ucrania en manos de Washington. Y no es casualidad que el inicio de la guerra actual (o más bien la fase actual de la guerra) haya coincidido con la suspensión unilateral del Nord Stream 2 por parte del gobierno alemán. Por último, en 2021, se llevaron a cabo maniobras militares masivas entre la OTAN y Ucrania, en las que participaron 32 países, en territorio ucraniano y en el Mar Negro.

Por lo tanto, no estamos ante una guerra nacional. **Ningún movimiento revolucionario popular precedió a la invasión rusa**, a no ser que se quiera considerar como tales la “Revolución Naranja” y la “Revolución del Maidán”, que, aun admitiendo su carácter endógeno y no heterodirigido desde el exterior, como pretenden los rusos, fueron en todo caso movimientos reaccionarios, cuyo contenido se vio claramente en la sangrienta opresión del Donbass y en los pogromos contra la población rusa, a la que (y a Crimea) quieren negar esa misma “autodeterminación” que el gobierno ucraniano clama a Occidente garantizar en Ucrania a costa de un conflicto armado global. Y después de todo, ¿qué movimiento verdaderamente revolucionario podría esperarse en Ucrania, en las condiciones capitalistas actuales, si no es un movimiento **impulsado por el proletariado**?

Para concluir

Ante la guerra imperialista que estalló en 1914, Lenin formuló la estrategia marxista de la siguiente manera:

“El carácter reaccionario de esta guerra, la mentira impúdica de la burguesía en todos los países, que enmascara sus objetivos saqueadores con una ideología “nacional”, todo esto, en el terreno de una situación objetivamente revolucionaria, crea inevitablemente en las masas estados de ánimo revolucionarios. Es nuestro deber contribuir a hacer conscientes estos estados de ánimo, a profundizarlos y precisarlos. Esta tarea sólo se expresa correctamente **con la consigna de convertir la guerra imperialista en guerra civil**; y toda lucha de clases consecuente en tiempos de guerra, toda táctica de “acción de masas” aplicada seriamente, conduce inevitablemente

⁵¹ https://auto.hwupgrade.it/news/mercato-green/european-lithium-si-assicura-due-enormi-giacimenti-di-litio-in-ucraina-cosi-l-europa-non-dipendera-dall-asia_102297.html

⁵² <https://www.investmentmonitor.ai/analysis/ukraine-fdi-snapshot-foreign-investment>

⁵³ Ibid.

⁵⁴ G. P. CASELLI, “Ucraina, dietro la crisi ci sono le scelte economiche della classe politica”, 16 dicembre 2021 <https://www.editorialedomani.it/politica/mondo/crisi-ucraina-classe-politica-economia-h04wfkqo>

a esto. Es imposible saber si estallará un fuerte movimiento revolucionario como resultado de la primera o la segunda guerra imperialista entre las grandes potencias, durante o después de ella, pero en cualquier caso es nuestro deber trabajar sistemáticamente y con perseverancia justamente en esta dirección”.⁵⁵

Pongamos todo esto en la realidad actual: incluso en ausencia, por desgracia, de sentimientos revolucionarios entre las masas, sólo hay una manera de mantener en alto la bandera del internacionalismo proletario en la difícil situación actual: rechazar cualquier canto de sirena nacionalista, cualquier compromiso, incluso temporal, con la propia burguesía nacional.

Lanzando consignas aparentemente astutas, como la de “resistencia popular” contra el invasor ruso, se juega a la guerra, se elude la cuestión fundamental: **no hay guerra revolucionaria, durante un conflicto imperialista, sin la toma previa del poder por parte del proletariado**, y esto no se consigue si no se entiende que **el primer enemigo de la clase obrera no es el ejército invasor sino la propia burguesía**, si se teme la derrota del propio ejército, si no se entiende que es precisamente esta derrota la que abre un posible escenario revolucionario. Que la consigna no es “transformación de la guerra en guerra popular”, sino la vieja consigna bolchevique: “transformación de la guerra imperialista en guerra civil”. Esto significa que:

–**en Rusia** el proletariado debe apoyar incondicionalmente (es decir, independientemente de quién esté en el gobierno de Ucrania en este momento) la completa independencia y autodeterminación de Ucrania (al igual que en la época de Lenin), contra su propio Estado y la burguesía, contra la guerra, desear la derrota de su propio ejército, incitar a los reclutas enviados a morir en Ucrania a confraternizar con los proletarios ucranianos;

–**en Ucrania** el proletariado debe luchar también contra su propia burguesía, no temiendo sino deseando su derrota militar, negándole la solidaridad, confraternizando siempre que sea posible con los proletarios rusos reclutados en el ejército invasor, reconociendo la autodeterminación de Crimea, el Donbass, Transnistria, los derechos de las nacionalidades de lengua rusa y de otras nacionalidades en su propio territorio;

–**En Donbass, Crimea y Transnistria** el proletariado debe anteponer la unión con los proletarios ucranianos a sus propias aspiraciones independentistas.

¿Y nosotros, los proletarios de Italia y Occidente? Nuestro primer deber es oponernos a la guerra con todas nuestras fuerzas, no con estériles y utópicas demandas de arbitraje y paz de cortesía de las cancillerías gubernamentales, no con patéticos llamamientos constitucionales, sino con la lucha de clases. El campo de batalla del proletariado es el interno. El segundo deber es expresar nuestra solidaridad imparcial con todos los proletarios de Rusia, Ucrania, Crimea, Donbass, Transnistria.

Alessandro Mantovani, Abril 2022

⁵⁵ V. I. Lenin, *Il socialismo e la guerra*, OCCC, vol. 21, 286.